



VOL 80 N° 2
MARZO - ABRIL 2012

Ilustración

JOSÉ DANIEL SEILICOVICH

(Artista plástico argentino contemporáneo)

CONVERSACIONES EN LA GALERÍA (III)

Tarde de cielo diáfano y uniforme en Buenos Aires, en el estrecho retazo celeste que los muros permiten acechar hacia lo alto. Se necesita dirigir la mirada con la precisión de un sextante para poder encontrarse en el cenit con el infinito en esta ciudad amurallada. Como si su fortificación se elevara desposeída de la legitimidad del linaje natal, cuando el conquistador la inició en su bautismo, atravesando esta tierra ancha y plana con la espada. Hoy, los tonos verdes están omitidos o disimulados ante la ofrenda del delirio gris que se desplaza por sus calles. Apenas algunos pasajes angostos, casi clandestinos, parecen corresponder a esa fundación íntima y sigilosa. Se ingresa a ellos con la convicción de que los árboles viejos y cansados se erigieron en celosos custodios del solar, atiborrados de memorias. Aquellas que intentan destituir los hombres que acarrearán cuerpos acumulados de crónicas.

-Yo amo a Buenos Aires. Toda mi inspiración viene de sus geografías. -La voz aguda de Seilicovich se volvió más filosa aún con la emoción de los recuerdos de siempre en sus extensas caminatas por las calles. Luego agregó casi en secreto *...es un sentimiento que parte de mi infancia.*

Afuera, a pesar del verano seco y caliente, el gran ventanal de la Galería ofrecía toda la topografía de una visión gris en el antiguo solar de los Recoletos de la vieja ciudad. Vislumbré esa contradicción entre la policromía de sus pinturas y la imagen que yo atesoro como habitante de Buenos Aires desde mi nacimiento. Quizá pudo parecerle brusca mi reflexión, pero fue visceral: *-¡Tu color es provocativo, luminoso, reluciente, ante esta ciudad grisácea!*

-Es cierto, es lo que intento darle. Una fisonomía alegre a través de la paleta.

-¿A la gente o a la telaraña de sus calles?

Daniel me sorprendió con su respuesta *-Al espacio. La gente se inmiscuye menos en mi obra, busco los lugares donde pueda encontrarme.*

Ahora sí podía profundizar con mayor certeza en su obra. *-Entiendo que lo humano en tu obra está en la movilidad que le das a lo figurativo. Los edificios son las matrices que vibran al compás de sus habitantes y el color exultante que adquieren tus pinturas en realidad es el medio para llegar a ellos.*

-Quizá proyectes en este análisis un escenario que está en mi inconsciente como en todas las personas

de la ciudad, diferente de la realidad que nos rodea. Interpretas que los ciudadanos están latentes en el color y en la movilidad que les doy a las obras.

-Buenos Aires creció a espaldas del río color de león. La ciudad fue adquiriendo la traza con sus barrios e historias que tendían a leyendas. Un entretejido sensible cinceló en su forma una identidad que manaba de sus propios espectros. En esa tristeza creativa, amalgama de inmigrantes y esperanzas, el tango se convirtió en el lenguaje del pueblo. Por eso su perfil musical emergía dueño de las calles que destilaban estigmas de la depresión económica y de la desocupación. Sus calles fueron grises cuando se transformó en urbe. Arrastraba una condición humana. Esta ciudad ya no existe... -la interrupción del artista se alzó teñida de romanticismo...

-... Esa ciudad ya no existe aunque ciertamente nunca perdió la bruma del río que la invadió desde los suburbios.

-No pudo hacerlo desde su color. La nostalgia de animal abúlico aún se percibe, pero hubo cambios en esa quietud que la precedió. Incluso poco tiene que ver con tu adolescencia. Y los artistas lo percibieron. El arrabal acompasado se volvió sincopado en el tango. En la plástica ya no se delata a la ciudad como la vemos, sino como la sentimos a través de sus ocupantes. El color por sobre la figura. La utopía en lugar de su crónica. Tú, al sacar de la inmovilidad a la geografía de la ciudad con el dibujo, estás denunciando al habitante que perdió la identidad que antes tenía. Ahora las personas son manchas anónimas, sugeridas, ya no se detallan. Pasan demasiado rápido. Son breves en su trascendencia y en su transcurrir. La ciudad cambia más lentamente que sus habitantes. Dice la poesía: "Buenos Aires no tiene soles ni puertos / habita en fantasmas de piedra y hueso / y cambia en el ocaso los astros del cielo / por túneles sombríos de infinitos espejos.../... por ello un cortejo de gente y recuerdos / camina sus calles sin mirar el firmamento".

BUENOS AIRES ERA UN PATIO COMÚN PARA MEZCLAR LOS SUEÑOS

Las viejas ciudades sienten que sus verdaderas historias se han transformado en leyendas y que la realidad que subyace en el pasado es la imaginación



"Iglesia de Itatí"
Óleo sobre tela, 80 x 100 cm



"Sinagoga"
Óleo sobre tela, 60 x 90 cm



"Iglesia Rumana"
Óleo sobre tela, 60 x 90 cm

del presente. El acto heroico, el que sustentó en la más clara emoción, al perder la transmisión de su sentimiento y de la sensibilidad que surcó por las venas de sus actores, termina siendo un esqueleto mudo, una fría imagen que no concuerda con el hecho real. La vida convierte al pasado de esas ciudades en una representación fantasmagórica que pasea por sus calles al arbitrio de cualquier reforma de la verdadera crónica acontecida.

Aún en los callejones de Buenos Aires con historias que olvida el sentido y atesoran las piedras se percibe en el silencio el aroma abroquelado de la eternidad. Es allí donde el arqueado ramaje con sus peldaños al vacío tenuemente delata al tiempo en un leve ondular. En sus cimas, las brisas del viento suelen cantar, al filtrarse entre las gigantescas cuerdas aladas que penden de los troncos. Traen viejas historias de navegantes del río que la ciudad ocultó y luego fue olvidando. Su fragancia de puerto sin sal, a despecho de no corroer la madera y los huesos, sólo esparce a su paso el sueño acumulado de tantos inmigrantes al descenso de los barcos. Fantasmas que deja la existencia inocente del hombre en su intento de ilusionista por siempre fracasado.

Eran tiempos en que el precursor tango "orillero", mezcla de candombe, habanera, milonga y tango andaluz, invadía los arrabales incorporando letras sentimentales que describían las calles, los suburbios y el amor, atrayendo como un ábside los consuelos para la gran depresión económica que llevaba a los hombres a migrar desde el campo a la ciudad.

La vida se esparce de mil formas. Lo hace por donde puede. Igual al tiempo, trabaja sin límite. Cambia para volver, muere para nacer. Se desparrama para permanecer. Pero el tiempo es siempre más, está en

todas partes. Todo lo puede y envejece. Su inclemencia parece perfidia. En realidad asume la complementariedad de hacer y destruir. Quizá, algún día, cuando venza a todas las formas, ya no tendrá significado, pues la uniformidad del espacio sin diversidad lo hará inútil. Pero el tiempo siempre es más. Cuando cese no habrá manera de que ningún dios pueda comprender lo que sucede.

En Daniel Seilicovich el tiempo de la visión adolescente de la ciudad adquiere la lucidez para transcurrir en el presente. Lo frenético de sus ocupantes lo lleva al péndulo del dibujo y en su imaginación el color le acerca el aliento del aroma de pueblo que nació de los patios, donde el cielo se volvía épico en un estallido de ayer y misterio; a través de las hojas de los árboles prendidas a ramas curvadas hacia terrazas de cinc y maderas. Nos quedamos pensando en la identidad de las cosas que ofrecía la infancia, demasiado lejos de los seres que corren y que se cruzan sin volver jamás a encontrarse. Que no tienen tiempo para dedicarse a ellos mismos, sino que actúan de marionetas insatisfechas. En esta ciudad la gente adolece de pausa para comprender su pequeñez. Ni siquiera puede asomarse al río ni a los cielos para comparar su dimensión. El agua se oculta a sus espaldas y el infinito yace abroquelado entre piedras y edificios-menhires donde se consume la vida. La propia incandescencia que emana de su fragor existencial le oculta en las noches los fuegos blancos que vuelven al cosmos hoy y pasado al mismo tiempo. Y que señala al futuro en la misma dirección de donde llegan las luces muertas. Esta piadosa ceguera de los hombres de Buenos Aires entorpece el asombro de la insignificancia que destila mirar hacia las alturas.